

satisfactorio. Quizá el elemento de confusión está en el concepto de *objetividad* que se maneja. Tal vez la exposición resultaría más clara si, se hablara de verdad/error, en vez de objetividad/subjetividad. En todo caso, la tesis que, se resume a continuación, es importante. Toda emoción incluye un juicio natural sobre la relación entre la realidad y el sujeto. Este juicio, como todos los juicios, puede ser verdadero o falso; espontáneamente se tiende a pensar que es verdadero, pero la persona (sana mentalmente y en estado de vigilia) sabe que no siempre las apreciaciones incluidas en los sentimientos lo son; por eso, es propio del hombre valorar con la razón la verdad de los juicios incluidos en sus emociones y sentimientos.

El capítulo cuarto dedicado a la tendencia resulta menos conseguido. Presenta aportaciones de interés, pero falta mayor claridad en las líneas de desarrollo, y se echa de menos una definición precisa de los términos fundamentales que se manejan.

El estudio de la concepción cartesiana de la afectividad es correcto (cfr. capítulo primero, apartado 1.). En este mismo capítulo se presenta la visión conductista de la afectividad y

se le hace una crítica interna como planteamiento psicológico. Se dice poco de la antropología que la sustenta. Y también es breve el espacio que se dedica a la confrontación entre cartesianismo y conductismo (cfr. p. 65). En continuidad con este apartado se sitúa el capítulo segundo, que puede resultar de más interés para quien se ocupe de la metodología de la psicología científica. Desde el punto de vista antropológico es menos significativo.

El último capítulo —“La integración de la afectividad y la donación de la persona”— es el esbozo de un ensayo prometedor, que seguramente el Autor continuará elaborando. En el punto 4. —“La donación como fundamento de la verdad de la persona”— se hace una descripción sugestiva de los distintos tipos de donación.

Francisca R. Quiroga
Pontificia Università della
Santa Croce

Tomás MELENDO: *Para leer la “Fides et ratio”, Madrid: Rialp 2000, 114 pp.*

Melendo, catedrático en Málaga, se ha distinguido por una trayectoria de publicaciones de

claro raigambre tomista. Desde su magnífica *Ontología de los opuestos* (1982) hasta obras sugerentes y de mirada fresca como *La metafísica de Aristóteles* (1997). El libro que tengo entre manos es, sin duda, de un sesgo claramente didáctico (no por ello, superficial) y encaja en otra trayectoria del autor, más divulgativa, donde destaco *La fe y la formación intelectual*.

El autor escribe desde la ortodoxia católica. Un ensayo cuya finalidad es guiarnos en la encíclica de Juan Pablo II, clarificando aquellos puntos que en los que el lego pasa de largo o, sencillamente, no entiende. No en vano el documento pontificio continúa la tradición del Vaticano II de renovar el lenguaje filosófico, enriquecido con rasgos fenomenológicos y existencialistas, sin caer por ello en un abandono *simpliciter* del pensamiento escolástico.

El primer punto de Melendo es la insistencia en la innovación del documento pontificio. Sigue las afirmaciones de Ratzinger y Alejandro Llano, entre otros, y, quizá más de lejos, el nervio del pensamiento de Newman: tradición y renovación. La verdad es alcanzada en parcelas, es un proceso de aproximación. Esto no significa que por encima de

las verdades parciales exista la Verdad Absoluta que garantiza la veracidad de cada una de aquellas verdades particulares. Melendo —siguiendo a Juan Pablo II— advierte cómo la búsqueda apasionada de la verdad última es la condición de posibilidad de la investigación de las verdades. Las “verdades parciales” sólo pueden existir si existe la Verdad.

En el capítulo II, Melendo dilucida la noción de Filosofía. Somos naturalmente filósofos, metafísicos, pues más temprano que tarde nos preguntamos por el sentido radical del mundo, de la vida, de nuestra vida, “a este deseo de saber ingénito y consubstancial, al que por naturaleza tiende el hombre, se resisten contranaturalmente bastantes de nuestros contemporáneos, por los motivos que antes sugería y que podía reducirse a dos: desconfianza en la razón y miedo vital ante la verdad. Por eso la Iglesia, junto con la encíclica que comentamos, ha decidido transformarse en paladín de la capacidad humana de conocer y del carácter liberador y felicitante del descubrimiento de la verdad” (p. 32).

El tercer capítulo del libro de Melendo es un análisis del recorrido histórico de la *Fides et*

ratio. Su valor principal es explicar al no especialista el origen y desarrollo de la desconfianza en la razón. La dialéctica auto-destructiva de la razón ilustrada es explicada de una manera sencilla y precisa. Parafraseando a Marx, así como la burguesía lleva en sí mismo el germen de su propia destrucción, así el racionalismo lleva el principio del nihilismo. No dejan de ser valiosas las notas del autor a la bibliografía en español (J.J. Sanguinetti, C. Cardona, Millán Puelles, A. Llano), filosofía tan desestimada en nuestra época por el solo hecho de no estar escrita en inglés.

El capítulo IV es *tour de force* del libro: las relaciones entre fe y razón. Melendo con un destello verdaderamente supremo cita el *Cantar del mío Cid*: “que buen vasallo si tuviera buen señor” (p. 78). Es la queja de quienes ven el maltrato del Campeador por su monarca es aplicada análogamente a la filosofía. La crisis actual de la filosofía, acumulada en un *pensiero débole* (que ni es tan racional ni es tan flexible) proviene de un error en el vasallaje. Escribió Nietzsche, “Toda palabra es un prejuicio” y *mutatis mutandis* toda actividad humana es vasalla de algo o de alguien. El proble-

ma no es la relación de dependencia, sino los términos de la dependencia y la calidad del *dominus*. El tiro de Melendo es certero: *ancilla theologiae* es una expresión polisémica. Uno de sus significados engrandece la filosofía.

A modo de conclusión: filosofía, amor y sabiduría (capítulo IV). Melendo, siguiendo al Pontífice, revaloriza la función greco-cristiana del sabio. La dimensión sapiencial es la búsqueda del sentido último y global de la vida. Saber es ordenar, jerarquizar. Y para jerarquizar es menester discernir fines. Hace bien Melendo al subrayar cómo esta recuperación del concepto antiguo de sabio revaloriza la vertiente práctica de la filosofía. La filosofía es liberada de su torre de marfil en la que cierto academicismo acartonado (escaso, por cierto, en el tercer mundo) la había encerrado: libre y vasalla se hace vida y proyecto.

En conclusión, la obra de Melendo es valiosa y constituye, en mi opinión, una de las mejores introducciones católicas a la *Fides et ratio*. El autor sorteó inteligentemente un escollo metodológico: la mera glosa de un documento del Magisterio (que como tal debe la adhesión del fiel) y la actitud crítica de

una teología "emancipada" de la Autoridad Romana. Melendo es un filósofo de la teología, que escarba y comenta desde el cristianismo la defensa de la racionalidad hecha desde la fe. La paradoja central de la *Fides et ratio*: la fe defiende la racionalidad.

Una pequeña objeción a Melendo, en estricto sentido, esta "defensa" de la racionalidad es inherente al cristianismo desde sus orígenes. Basta pensar en san Pablo y en los Padres de la Iglesia citados por el mismo Papa. De alguna manera, la encíclica es una continuación de la "fe" en la razón, que tanto distingue al católico de los reformados calvinistas. Pero al mismo tiempo, Melendo es atinente al indicar cómo Juan Pablo II señala la dialéctica autodestructiva de la razón ilustrada.

Héctor Zagal
Universidad Panamericana

Ana RIOJA y Javier ORDÓÑEZ: *Teorías del universo, vol. 1: de los pitagóricos a Galileo*, Madrid: Síntesis 1999, 287 pp.

Conscientes de que la temática sobre la naturaleza del universo implica estudios interdisciplina-

rios, los autores intentan una revisión combinada de análisis científicos y contextualizaciones filosóficas para explicar no sólo el universo en el que nos hallamos, sino cómo llegamos a su estudio. La obra está planeada en tres volúmenes, de los cuales el primero se ocupa del periodo entre la Antigüedad clásica y la física moderna galileana, aunque da una pequeña introducción al pensamiento newtoniano. El capítulo 1 ("El cosmos griego") trata las concepciones cosmológicas marcadas por la especulación sobre el sol y su papel regulador de la actividad natural terrestre. Desde tiempo de los babilonios las explicaciones eran de matiz mítico: deificación de cuerpos y fuerzas de la naturaleza, así como rudimentaria matemática, herramientas hábiles para medir el tiempo. El intento era dar un criterio para justificar el triunfo del orden sobre el caos primigenio (Cfr. pp. 15-21). A pesar de los avances babilonios, se necesitaba un modelo de universo para integrar todas las observaciones, así que se comenzó por abandonar la mera acumulación de observaciones estelares y obtener con ello una teoría del universo. Entonces comienza la teorización cosmológica más allá del mero registro

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.